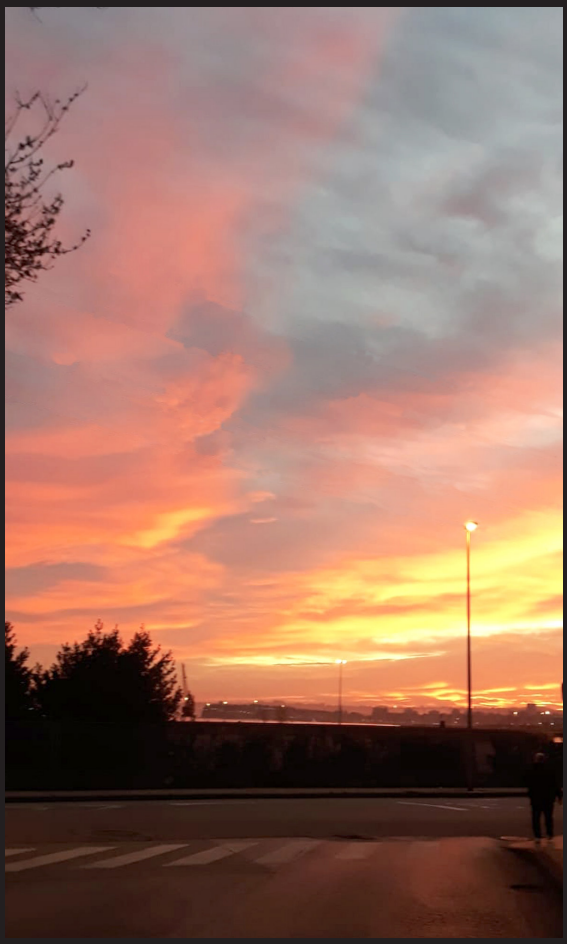
EL CÁLIDO CONTORNO



CEFERINO SUÁREZ DE LOS ÁNGELES

El cálido contorno

Ceferino Suárez de los Ángeles

El cálido contorno
Ceferino Suárez de los Ángeles
Año: 2018

Maquetación:
Jorge Fdez. Leonardo
Fotografía:
Jorge Fdez. Leonardo
Archivo

I. S. B. N. : 84–86546–28–1
Depósito Legal : AS–311/91

ÍNDICE

CAPÍTULO I 7

CAPÍTULO II 15

CAPÍTULO III 23

CAPÍTULO IV 31

CAPÍTULO V 36

CAPÍTULO VI 41

CAPÍTULO VII 47

CAPÍTULO VIII 53

CAPÍTULO IX 59

CAPÍTULO X 65

CAPÍTULO XI 73

A la memoria de
Dionisio y Visitación,
de Falín y Tere.

"La red de tu vivir entretejieron
con la suya. Aún más con la de
aquellos tus hermanos"

Luis Cernuda

Es el dolor de la ausencia lo que revela
la profundidad de nuestros afectos

I

Había calles en la ciudad, inalteradas, quietas, presas aún entre el pánico y la nada. Se habían fraguado en aquellos tiempos de su infancia. Las demás, en el llamado centro, sin pena ni gloria, se diluían para Chano en el atardecer que había encanecido tantas barbas. Aquellas calles del barrio casi en las afueras eran, sin embargo, para quien seguía sin saber poco de lo divino y nada de lo humano, benignas y acordes con todas aquellas primeras verdades que él ahora no sabe, de pronto, si vivió o soñó. Suspendidas entre los relajados brazos de la nostalgia, se apiñaban resguardándose de las representaciones ajenas. Irremediablemente detenidas, eran pausa silenciosa que ignoraba, sin rumor de salmodia, las derrotas padecidas.

Inexorablemente cercanas siempre a esa infancia de la que no hay modo de librarse, no eran, como puede suponerse, nada gloriosas;pero, como en los tiempos de precariedad son muchos los príncipes, también elevaban al cielo, cruzando umbrales de esperanza, el sentido de la rebeldía silenciada, Y compartían, ayer como hoy, soledades en comunión, secretos disparatados, complicidades duplicadas luego en el espejo; bebían silenciosamente la espuma de las melancolías escondidas siempre tras sus húmedas piedras, frías puertas o entre las viejas colillas.

Y por supuesto, sin la altivez para rasguear la calma común de su curvo cielo gris. A una de esas viejas calles vino a vivir con la abuela poco después de lo de su padre. La vida era aún penumbra pero aún no se había vuelto color mate. Aquella palidez indecisa de la vida aún no temblaba sobre las aguas de ningún

río sin fondo. Eran años en los que, callado y absorto, escuchaba a la abuela en sus interminables rezos, aunque propicios para las creencias de una infancia desabrigada. Con frecuencia recuerda a la abuela como ola tranquila, apoyada en los rezos interminables de su temor, en años de existencias no resueltas en absoluto, como triste consuelo entre los restos de su naufragio que iba desde la agonía al silencio. Soportando una vida sin reclamaciones, aunque dando por supuesto que el bienestar virtuoso de unos pocos hacía siempre la condición interminable de los otros. En el atardecer del día que enterraron a la abuela, mientras la madre freía la carne traída por la vecina Nora, él adoraba aventuras en el niebla de la inopia de su habitación; hasta que, tras los cristales, observó en un momento al último impenitente retirarse del mostrador del bar. Y, un instante después, sintió pasos esparcidos por el pasillo. Tal vez alguien vendría a darles el último pésame. Como su madre le ordenó, sin detenerse a mirar o a pensar lo que pasaba, escondió la carne. Por entonces aún no hacía ejercicios de pensamiento o algo así. Todos en casa lo tenían claro: estrenar la carne no era propio de un día así, era algo que se acoplaría más bien con la voluptuosidad de una fiesta. Compartía por entonces aquellas sombras de temor que, ni con la luz de la mañana, desaparecerían de los rincones sin salida de aquel reino.

Pero esta calle por la que hoy vaga no es la calle en la que vivió con su abuela. El tiempo ha venido a cambiarlo casi todo. En los tiempos de su infancia, llena de carbonillas y de placeres silenciados, se sumergía por entre los murmullos y sonrisas de sus antros por la noche y expandía el hedor mojado del pecado mortal por la mañana. Era testigo desde su pequeña ventana,

entre sorprendido y escandalizado, de todo lo quisiera recordar: un reguero de sueños y tentaciones que se fueron apagando con el tiempo, abandonándole a un destino siempre fuera de casa, al vacío que hasta hoy se alarga. Pero está amando la ama, cuando ya hace tiempo que ha roto con el fallido esfuerzo por ponerlo todo claro. Una tarde, precipitado y dispuesto, a escondidas de la abuela, se bajó hasta esta misma acera a jugar al gua. Las calles siempre se prolongan más allá de lo debido; pues por donde los hombres pululan, todo se muda y casi nada se cura. Tan pronto como observó al carbonero, manco y solitario, aún trabajando, acudió en su ayuda. Éste, en cambio, le preguntó si por allí había visto alguna puta. Pero aquel atardecer no fue el comienzo de un final de navegación. Desde que para él muchos nombres se volvieron cosas y muchas personas, ecos; reconoce entre éstos a salvo el de aquel torpe carbonero. Desde entonces ha llovido, y las tan alargadas yedras sobre su ventana le vinieron a desvelar que el abandono y la denegación de auxilio en una larga destrucción nunca parten de los hombres sin máscara como el carbonero.

En esta desanimada retirada de ahora se da cuenta que la vida por la que bregamos a cada instante hay que inventarla más allá del vacío de la imaginación que un día puedan secuestrarte en esta calle del Postigo. Para algunos la vida es la más deliciosa trascendencia de la espera sin sentido. Además, a todos nos llega después el tiempo de no creer ya en aventuras audaces. Por más que hasta nuestras propias carencias instauraran un día equivocadamente aquellos símbolos de claudicación que, prestos, otros nos ofrecieran como mercancía de consuelo.

Aunque, por otra parte, Chano siempre ha cuidado que sus aventuras nunca quedaran al aire de cualquier sombra ajena.

Por este su deambular de hoy, la calle del Paraíso era un sueño abismal escondido tras la antigua muralla, que ponía límites a todo aquel mundo de pecado. No era lugar para las aventuras infantiles, sino para los juegos libertarios y beodos. Decían que quien la pisaba por la noche, la anegaba en el olvido por la mañana. Tal era así, que la cercana torre de la catedral, hábil e inhiesta, mirando para otro lado, elevaba desde las primeras horas del día la interesada conciencia de su mundo intransitivo ante aquel mundo invasor de exhalaciones infernales. Por otra parte, las pardas tonalidades de la niebla ejercían la prudente tarea de decolorar la las perspectivas de dos mundos tan extraños. Por eso, nadie hubiese para justificarle aquel olor a pecado si años más tarde –los tiempos, aún los anodinos e los interesados, cambian–no encontrara con extraña sorpresa ese mismo olor a pecado mortal en su propia casa. Allí donde siempre encontró el resultado exacto de tantos interrogantes. Era el mismo olor que emanaba hacía tiempo una pequeña fábrica de gas, tan desconocida para él como próxima.

Por lo demás, había callejuelas, como la que aún baja empedrada a la izquierda, que surgían después y siempre en las explosiones oníricas de aquella existencia trivial. Como cuando uno se vuelve a donde puede pensar en alguien a quien encontrar. La verdad es que ésta no gozaba a sus ojos, en contraste, de expolios, raptos o de otras consideraciones. Por ella bajó con su amigo hasta el huerto de los cerezos. Encaramados rápidamente en uno de ellos, les sustentaban que aquel otro mundo frente a la ciudad, más las preguntas en silencio que las frías imágenes de un refugio tiritando al cielo. Las palabras a su alcance–como cama, ¡mamá!, río Nalón, ¡papá! –venían a yugular la realidad

del miedo que se perdía por entre las sombras más próximas. Acorralados en aquel trono de humildad, ojalá tan sólo Chano se preguntara: ¿quién era el señor que iba a comer con su tío los domingos y a quien su madre tanto temía?¿ quién era aquel vecino que así le miraba una y otra vez cuando se cruzaban por la calle? Su amigo, en silencio e indefensión, no decía nada. Se sentían pobladores de la oscuridad. Procuraron no mirarse a los ojos, pues la ciudad seguro que ya pronto alertaría al vecino. De vuelta, en la primera luz evanescente, aniquiladas por el momento tantas presencias fantasmales, Chano intentó justificar ante su amigo aquella aventura tan noble como inútil. No había terminado, cuando en el portal encontraron al vecino:" ¡Cómo madrugan –dijo–los capitalistones!". No sabía si lo decía por las alpargatas argentinas que estrenaba, o por lo de papá. La repugnancia de Chano por el vecino había aumentado cuando, día atrás, se había enterado que, juntos en Cuba, a la vuelta había tenido no sé qué problemas con su padre. Y los motivos de su repugnancia se intensificaron cuando supo que el vecino comentaba en público que si "el marqués", desdeñando la realidad, había tirado al río Nalón la última peseta que le quedaba. No le cabía ahora en la cabeza que éste, en venganza de algo que él no descifraba, le había puesto lo de "marqués". Chano, si las cosas eran así, estaba orgulloso de haber heredado de esa manera el nombre y la fortuna y le entraban ganas de seguir viviendo para quitarle de una vez al vecino la máscara. Pero el vecino siguió pasando la vida sin darse cuenta que jugaba con unas cartas amañadas por el de siempre. Lo cierto es que, intuido el pájaro, a Chano pudo desahogar a su puerta sus emociones. Ni el vecino, ni los que han venido más tarde con el único afán de revestirle de ensoñaciones

líricas, se salieron con la suya. Los ritos intermedios y los discursos del fracaso nunca le fueron complacientes.

Y esta tarde, por supuesto, observa que tampoco esos rincones de su infancia pudieron ser apacentados por la disipación o el fragor social venidos más tarde. Los inciensos categóricos de los entendidos fracasaron en su intento de invadir e instalarse por entre las piedras que sólo se distraen confundidas con el polvo levantado tras las cuatro gotas caídas, llenas de tristeza, sin ningún lugar tranquilo donde desfallecer. Pero Chano no pretende detenerse hoy a concretar las palabras de su memoria. Tampoco renuncia a su retorno. Sus entrañables calles yacen simplemente desmoronadas y sin rumor en la morriña. Como en una desolación del atardecer, la sangre de cualquiera se podría ir apagando. Y por el recinto cerrado de nuestro peregrino contemplativo, ya sin princesas ni sueños, entrenado tras la impotencia de su vieja ventana, pasa hasta inadvertida la suplencia de aquel humor ciudadano por la mala leche. . Todo lo que contempla e invade sus palabras hoy desguarnecidas no le invita, por otra parte, a negar de ninguna manera esa procesión fantasmal que anochece como en una hoguera solitaria. Tampoco ya le resulta cruel que no exista una disyuntiva entre la destrucción y el amor. Sentado en el ceniciento bar de calle en el cálido contorno de la ciudad, con la cabeza caliente, las manos vacías, no le cuesta como en otro tiempo ningún triunfo sentirse en el corazón de todo aquello que lleva en el suyo. Como si los pensamientos, aunque no ajenos, no fueran suyos. Con poso melancólico, o con una sonrisa complaciente, alejarse de este sinsabor que quema la tarde, en balde peligroso y nunca ausente como una sombra, sería dejar de lo que es, irremediable, inexcusable, inalterado.

8
RESTAURANT & BAR

II

Es justo y necesario que la ciudad, sobre todo en el mes de septiembre, recuerde a su gente más preclara; aunque sea un tanto injusta olvidando los ojos que en su entorno sueñan los elementos misteriosos de su escenario más mágico. Así pensaba Chano en los años de su infancia. Tuvieron que pasar más los años para que cayera en la cuenta que los nostálgicos acordes de la ciudad tenían la hechura de los bellos sueños que sólo a la noche llevan a donde uno quisiera. Después de su medrosa infancia, los sueños llegaron a colmar de otros pasos su adolescencia sin límites. Retornar sería para él ahora volver a donde ardían los sentimientos más desasosegados que, pasados los años y gracias a Dios, adormece en la ternura de aquel rostro de sueños guiñando el ojo a tantas estrellas. Suficientemente sensible para abrir espacio a los sueños, para expresar con palabras los sentimientos. Intentaba que sus ideas fuesen propias, pero que también pudieran ser corregidas por sus sentimientos.

Agazapado como está entre los recuerdos del teatro Campoamor, sin esfuerzo alguno, le resulta fácil volver a ser espectador de aquellas presencias amables y únicas, que aún mantienen el eco imperceptible de su carencia de ritos con los que hacía tiempo habían roto. Para él es volver al iluminado reencuentro con aquella página con margen para tantas esperanzas, que después un día, sin saber por qué, el río de la vida arrastra hacia otra orilla. Pero el teatro Campoamor sigue siendo el refugio donde recomponer todo aquello que el río ha desbordado. Tal es así, que Pablo, su buen vecino, deslizándose por entre amistades nunca

llenas de maldades, surge de aquel limbo donde se imaginaba que su gusto por las aventuras le compensaría las complicaciones de un mundo de vuelta. Y surge como quien –y Chano aún no sabe por qué –le pide a la vida suerte y, en cambio, no le exige nada. –Creí que ya eras un gran hombre, o algo así. ¿Qué es lo que te ha hecho volver? –El que te agradaría volver a verme–le responde Chano. –¿Qué tal te van las cosas? –Los tiempos van cambiando. Y su paso, como ves, deja huellas. –¡Y en todos…! –¿Qué tal tú sin la compañía de Juan! –Ahora estoy mejor. Trabajo me ha costado. Créeme–añadió Pablo–, tenía ganas de verte.

Chano desconocía, desde luego, en aquellos años de aprendizaje de la vida las palabras que Juan, ciego, pero el vecino más noble y el mejor amigo de su padre, pudiera escribir en las páginas íntimas de su vida. Urgido en aquellos años por encontrar verdades firmes que le orientaran en la construcción de la identidad que quería construir, encontraba en los silencios de Juan el aliento para seguir buscando su libertad, su mismidad.

En uno de aquellos sus silencios prolongados, alcanzó a ver sobre la butaca la chaqueta de lana azul. ¡Qué bien se avenía para poder presentarse sin llamar la atención ante GiannaD´Angelo! La verdad era que Juan era el reconocimiento enhebrado de todas sus imaginaciones. Ya no sintió afán alguno de exponerle sus fallos de carácter ni sus transgresiones. Se sentía tan favorecido y apoyado como cualquiera de la ciudad. Tenía el presentimiento de que Gianna D´Angelo no le rechazaría y le miraría tal como en sueños él quería. Terminada la representación de La Sonnambula, Juan comenzó a hablar con Pablo, ayudante del tramoyista, Hablaba como nunca lo había hecho, con la voz más potente, aunque con la coherencia de siempre. Con todo, Chano pudo

aguantar pues esperaba que no se excederían. Aunque acrecentaba su sospecha de que la conversación entre mayores siempre suele excederse, con todohoy podía soportar el hormigueo tras las rodillas. La verdad es que la conversación que estaba escuchando no parecía fatigarle. –Esta noche me saldré con la mía–decía Pablo. –Te entiendo muy bien. Pero...¿no lleváis tiempo separados? –Sabes que lo haré como si fuera con otra. –Y eso–le preguntó Juan–¿ no es una deshonestidad? Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Chano, cuando el viento penetrado en el interior arrebataba las rosas rojas del ánfora. –Bueno...¡algo hay que hacer! Pero, por favor, que no se entere el chaval. ¡Por el amor de Dios! –No me vengas ahora con invocaciones olvidadas en diálogos más importantes–dijo Juan, ahora más serio.

Por un momento a Chano se le cierran los ojos en el desconcierto que el aire dejaba a su paso. Pero pronto los vuelve a abrir para cercionarse de que fuera, más allá la ventana, ninguna tormenta se había desbocado. –Siempre llevas toda la razón. Pero espero que comprendas a quien aguantó diez años la tormenta de una mujer, siempre embarazada de temores. –¿A los hijos? Entonces habéis olvidado que quien manda la lluvia a todos, no le gusta que dejes el paraguas en casa. –Eso no es lo mandado. –replicó Pablo con cierto enfado. –Si piensas así, habérselo consultado a otro. Pero, al menos, al que se tome también al pie de la letra todo el evangelio; o menos, simplemente, las bienaventuranzas. No le era posible entender y definir todo el sentido de la conversación mantenida por sus amigos, pero logró dominar su desasosiego pensando en que Juan cumpliría cualquier día su palabra de llevarlo hasta Gianna D´Angelo. Al salir del teatro acompañó a Juan como siempre, andando. Se había llevado una

decepción con Pablo que ahora andaría vagando de un sitio para otro. Pero la verdad es que, a solas con Juan, ahora se sentía interiormente más seguro y su compañía le servía de mucha seguridad. Desde el otro lado de la acera, se distinguían al concejal y a la miss en la cafetería. Horas antes, sin decirle nada a Juan, los había tropezado resguardados a la sombra, haciéndose el amor a toda prisa, en el corto espacio que los festejos dejan entre un gran desfile de carrozas y una función de ópera. Ahora, sin embargo, parecían más relajados en los finales de un día tan ruidosamente cálido.

Con Juan había apostado un bocadillo para quien Gianna D'Angelo besase primero en próxima sesión. Ahora era, sin duda alguna, hermoso poder compaginar un bocadillo con aquella luna que tras los cristales parecía un globo de fiesta. De todos modos, Juan no estaría ahora pensando en comerse un bocadillo. Además, le tiró del brazo para sacarlo que aquel bar. Le había parecido ver que los jóvenes empleados jugaban en la cocina a quién levantaría primero la silla con su pene. Si fuera así, le impresionaría bastante. Con acierto, Juan demostró que siempre llevaba la razón. Se salieron del bar. Y, de ese modo, toda la ciudad pudo seguir aquella fiesta sin medida. Pasados los años, todas las cosas han cambiado. Pero la travesía impávida de su memoria –hablando por sí misma– persiste en volver a esos primeros años, a esa patria que siempre se lleva dentro; y, por otra parte, el sopor no le supone ninguna imagen desdoblada o confusa. Y el silencio que disfruta le parece diseñado para el ritual; sin transición ni respiro, le lleva a sumergirse en los aprisionados rescoldos del atardecer. Y su corazón, escapando a tanto latido, cae en la cuenta de que las heridas son siempre anteriores al recuerdo. En fren-

te, la confusión crepuscular del poniente donde se divisan gran cantidad de pequeñas nubes, hasta a las quelos rayos de la luz de la ciudad comienzan a tender ya un manto. Lentamente, allí, la luz y la oscuridad se van entrelazando, las certidumbres antiguas atrapan nuevas sospechas, lo marginado un día a la superficie en un instante se voltea familiar, los sueños en otro tiempo nunca desdibujados se funden en calcinadas extensiones de nostalgia. Los años han transcurrido insensibles por estas calles –donde siempre dejaba a Juan–, para desembocar en este rincón de eternidad, donde Chano vivía como los peces, conjugando los verbos que presidían la bruñida fantasmagoría de sus sueños.

"Y vivir es igual que haber vivido
ya, sin que ese haber vivido
suponga –por desgracia– estar ya muerto".

Vivía extraviado en un oscuro círculo de realidades de estaño. Pero, callado entre palomas de espuma, había encontrado a Gianna D´Angelo entre los remolinos de espejos que el sol formaba por entre los árboles del campo San Francisco. Aquella noche, aún antes de entrar en esa etapa turbulenta de su adolescencia, había temído que Gianna D'Angelo estuviera enfadada. La había mentido diciéndole que era sobrino del alcalde. Pero, de repente, la casa refulgió en una clara luz de oro. La voz de Gianna D'Angelo, clara y ligera, formó un amplio arco hasta el espacio interminable de esa historia que sólo se contaba a sí mismo. Como aclaración de una vida que no era vida más allá del espejo. Sus sueños habían cambiado aquella noche el acento irisado de sus brasas.

"Luminosa y precisa,
yo la sentía en mi ser profundamente,
sabía su sentido, describía
sin llanto su mensaje".

Ella, gracias a Dios, no se puso en ningún momento, como solución de compromiso, a contarle cuentos; ni él se vio obligado a darle los besos de buenas noches. Cercana, escuchaba en silencio los fallidos esfuerzos de su temor a que de nuevo se le olvidara algo. Más adelante, la conversación le resultó un vuelo convertido en puente, desde donde interpretaba el insólito sentido del desfiladero que iba abandonando a sus espaldas. Un aliviadero a la hora de aclarar las rutas de sus miedos equivocados.

–Me gustaría casarme, tener una casa, una familia, hijos. Iría a la compra. Y cocinaría –le dijo Gianna D'Angelo, intentando dar paso a una conversación.

–Pero con Aldamiz ¡no!

–Ya no.

–¿Ni tampoco con Modesti o Campora?

–¡Frío! Yo soy demasiado sensible e impulsiva.

–Bueno... vale... Hay cosas que yo no sé decirlas...

–Te entiendo, pero nuncate las calles por timidez.

–Ya me lo temía yo, que, tarde o temprano, te tendría que decir la verdad.

–¿Qué te pasa?

–Ya lo sabes tú... Mereció la pena aquel beso. Eres la más genial del mundo.

–Eres aún muy joven. Pero debes valorarte aún mucho más.

–¿Qué...?

De ese modo Gianna D'Angelo iluminó la obertura de su adolescencia. Aunque ésta tampoco supo compaginar los substantivos y los adjetivos de los años victoriosos del hambre más que en el ceremonia de los sueños. Chano abandonó el periódico con las entrevista a Gianna en el suelo; cogió la fotografía de ella, borrando en un instante el apellido "Massip" junto a su nombre. Y se perdió bajo la almohada en un mundo de besos, encerrado donde nadie podía ver cuánto era lo que le aún le faltaba.

Esos sueños prestaron contenido y voz a sus desasosegados silencios y caminos, y espacios a sus preguntas. Aún en los años en los que la realidad, condicionada por la indigencia, azotaba con contradicciones sin trasfondo, los sueños fueron la sintaxis de su expresión, el conjuro y el ritual que aún lleva dentro. Aunque siempre fue consciente de que, fundando sus sueños bajo especies de eternidad, pudieran devenir extraños los centelleos irreformables del vivir cotidiano. ¡Qué mal se avienen la realidad y el sueño, la bondad y el deseo!.

Sin poderse asir al olvido total ni a la memoria absoluta, hoy ha perdido la noción del tiempo. Sin abarcar el sentido completo y contradictorio, ni siquiera podría recuperar todas la pasadas evidencias.

¿A dónde? Desearía que le llevasen por el seguro camino hasta la cima del monte cercano, hasta donde surgieran las luces de la ciudad de nuevo encendidas, donde todos estos recuerdos entraran en su cabeza ni sesgados ni partidos. Donde recobrara, maravillado, el lugar de donde salía y al que retornaba, a donde Gianna D'Angelo, hermosa diosa, estuviera.

¿Pero esta emigración interior al recinto de sus sueños no es la melancolía de haber sido? ¿O es la melancolía del mismo ser?

III

Los días tediosos poca cosa serían si no fuera por la espera ilusionada de los sueños azules, los que nunca prodigaron los recuerdos derribados. Aunque esta mañana no se preguntó por qué el despertar de la noche le había traído a sus pies, deshojados, recuerdos iguales a sus latidos. Y, ahora, el viento de la tarde se arremolinaba para borrar las pisadas de otros tiempos. Pero él lo cruza, revuelto, hasta alcanzar el mesón más distante, ya casi en la cima dela montaña. Hay que pensar que la razón que le hace sentirse indemne y atrevido hoy ante lo anónimo es la compañía de Javier, el amigo más cercano durante su infancia y adolescencia. Son muchos los pensamientos que le vienen a la cabeza. Piensa que los años van enseñando a uno que sólo cuando se alcanza la montaña,se puede escalar. De todas las formas, cuando lo reconocido interfiere, piensa, retumba nuestra conciencia. Hasta Gianna D'Angelo respeta este encuentro y los deja solos. Aunque aún a ciencia cierta no supiera si la llamada ciudad de los humanos transcurría ahora con la morosidad de sus últimas horas del día, con su cadencia de siglos, desde el fondo de su último margen la canción cantada por Javier viene de nuevo a clavarse en el silencio más vivo.

"Well, I´m a long time comin´
An I´ll be a long time gone..."
(Hace tiempo que estoy en camino,
Y aún estaré mucho tiempo fuera).

–Calma. También a mí me gustaría mucho llegar a la cima, Javier.

–Voy a confesarte que yo no estoy absolutamente seguro.

–Vámonos, sí ¿No es lo que antes querías?

–Hace ya casi más de media hora, y parece que por aquí no pasa nadie.

–¿Estás seguro de eso?

–Creo que sí.

–Sigues fiel a ti mismo –le dijo Javier–. Pero creo que aún debes aportar alguna luz a los que te rodean.

–¿Crees que merece ya la pena?

–No esperaba eso de ti. Por favor, no me vuelvas a hablar así. Tan sólo quisiera verte en el mundo real. El vivir, no hace mucho, era para nosotros una empresa gozosa, un asombroso destino.

"Ilain´t no use to sit and wonder why"
(De nada sirve sentarse y preguntarse por qué)

Buscando un mundo diferente, habían compartido los cursos en el seminario. Allí nadaron contra corriente. Y Bob Dylan fue una manera de revolverse contra lo establecido. Aunque en esto no eran originales, pues todo alrededor estaba cambiando. Y el hecho de. mantener aquella fe viva nunca les pareció, sin embargo, una ilusión vana, aunque nadie les acompañara en aquella pasión por el cine, la utopía y la música. A Chano este aislamiento no le intranquilizaba. "Es que tú eres excesivamente teórico –le reprochaba Javier– para el daño que te causaron".

"I don´t know if I´ m smart but I think can see
When someone is pullin´ the wool over me...".
(No sé si soy muy listo, pero puedo adivinar
Cuando alguien intenta engañarme...)

Cuando Chano estaba decidido a seguir buscando un atajo, Javier prefería pararme un momento a contemplar, lejana, la catedral que aún desconocía la falta de libertad durante tantos años a su alrededor; pero se esforzaba ahora por alcanzar en un último esfuerzo la luz más brillante del centro de la ciudad. El Ayuntamiento, los bancos y otros edificios disimulaban, en una naturaleza imprevisible y extensión desconocida, su necesidad de la necedad de la gente, más útil que la convencional maldad de los enemigos. Como si, perdidas tantas de sus batallas ideológicas, pronunciaran al unísono en el anochecer lo que no se atrevían a decir en el día: "Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia".

"Long ago, far away,
Things like that don´t happen
No more, nowadays, do they?
(Hace tiempo, muy lejos;
Esas cosas ya no ocurren
Hoy en día, ¿o sí?)

También ahora sentado junto a Javier, comprobaba cómo la ciudad tenía los relojeros de la puntualidad en los mejores edificios. Y se daba cuenta de que las últimas horas no estaban marcadas con puntualidad por el reloj de la catedral, que tal vez, por miedo a excederse en su prudencia de piedra, no sabía ya cuándo

instituyera un beneficio de retrasador de péndulos, y ahora le era ya imposible llegar a tiempo para vigilar las estremecidas historias de amor habidas en los viejos soportales.

–Pongámonos a caminar –Chano.

–Hace ya tiempo que te he preguntado si no hemos cogido un atajo equivocado.

–Caramba... ¿ por qué hemos de preocuparnos por eso?

–Perdona.

"The answer is blowin´in the wind..."
(La respuesta está flotando en el viento)

Conforme corre y se abalanza el sonido de las sombras sin nombre, se para vuelto hacia la convergencia de solitarios tan hambrientos que por la noche configuran a una ciudad. Estos días, un tanto revueltos, festejaban la sustitución del odio de clases por la envidia positiva de cuatro apellidos que podían en más que el innumerable resto. La cháchara pretenciosa falseaba durante unos días la conciencia interesada, para caer durante el resto del año en el escaso apetito de su abulia. En la ciudad se ocultaban sistemáticamente en la nunca escarbada cáscara de su piedra el dolor de las huellas ajenas. Y, por eso, languidecía en la insolidaridad del cansancio del orbayu de sus mañanas.

–¿Dónde vas a llegar con ese tu plan?

–Ya lo sabes.

–¡Chano! A ver, ¿sabes a dónde quieres llegar?

–Supongo que te agradará pasar un rato conmigo.

–Sólo te falta encontrarte allá arriba a tul cofrade.

–¿ El tío?

–Lo lamentaría profundamente. Pero yo no soportaría ni un momento a esa rata.

"You´re the reason I´m travilin´on
Don't´ think twice, it´s all right"
(Tú eres la razón para proseguir el viaje
No lo pienses dos veces, está bien.)

Javier consideraba con harta frecuencia que el miedo no era otra cosa que el desamparo de la reflexión. E incluso, le exasperaba no las preguntas indiscretas, sino las respuestas interesadas y el disfraz del que el testimonio de las cosas más altas se servía para denegar. Y en esta ascensión, Chano también recordaba cosas anteriores a su salida del seminario.

–Todos aprendemos –decía Javier– en los primeros momentos imitando y con el juego.

–Algo así, por lo que se ve.

–No hay otra manera.

–El hecho es que nosotros ahora... sólo podemos enriquecer nuestros conocimientos previos?

–¿No crees que aún nos queda mucho que aprender?.

Ahora, mientras ascendían, la emoción del encuentro iba en aumento.

–¿A dónde piensas llegar hoy? –le preguntó Javier.

–La verdad es que no lo tengo muy claro.

–¡Chano! A ver, ¿sabes a dónde vas?

–Supongo que te agradará pasar unas horas allá en la cima conmigo.

–Pero no encontrar hoy a tu tío –añadió Carlos, con cierto en-

fado. –No tenía por qué decírtelo

–¿El qué?

–Esas cosas que debían haber quedado ya atrás. Me cuesta mucho explicártelo.

–Hoy no esperaba ese tu enfado.

–No me gusta oírte hablar como antes –añadió Carlos,

–¿Entonces?

–¿Qué te parecería a ti el ver a muchos de aquellos compañeros, asiéndose a la letra y desempolvando la sotana como último recurso para encontrar el sentido perdido de su identidad?

–No seas injusto. Aún queda mucha gente honrada de aquella. Además nosotros hemos abandonado el seminario por no soportar ser el orgullo de ese falso monstruo.

–Ahora te entiendo muy bien. Sí, sí..., claro que sí.

–Gracias.

–Chano, hoy debo hablarte en serio. Y no te me hagas ahora un lío. Ese tío bastante daño hizo a tus padres, a Pablo y a quienes se le pusieran por delante.

–¡Qué duro me resulta oírte hablas así!

–Te lo ruego. Olvídalo de una vez. No pierdas más el tiempo discutiendo con quien simplemente atiende a la voz de su amo.

–Hace tiempo que no pienso en él. No olvido que un día me dijiste que somos lo que pensamos.

–Pero entonces no veías que sólo quería que fueseis moscas atrapadas dentro de su botella?

–Sí. Aunque de vez en cuando mostraba su bondad, aunque siempre interesada.

–Y cuando habla de su intimidad, era puro exhibicionismo.

Los dos compartían la idea de que la verdadera vida siempre

está en los márgenes. Guardaron cierto silencio. Y el camino del silencio les invitaba al silencio meditativo, al recuerdo que se transformaba en contemplación.

–¡De mucho me ha valido este encuentro!

–No seas tonto. Sigue adelante; aunque la inestabilidad no nos abandone nunca, como tampoco la conciencia de que nuestra luz nos ilumina poco en la noche y de que necesitamos linternas para seguir adelante.

–Tenía que tenerte siempre más cerca.

–Mira por dónde yo pienso que lo mejor es que te quedes solo y que pronuncies las palabras no destinadas a nadie, otras nuevas.

–Yo entendía que no toleraría la vida sin las vidas regaladas de quienes fueron y ahora están muertos. Pero ahora ya no pienso así.

–Mira por donde ahora nos vamos a entender mejor que nunca. Buenas noches.

–¡Un momento ¿ Qué piensas hacer?

Repitiendo esta última pregunta, dando vueltas y más vueltas, esta jugaba con el al escondite. Por fin, se volvió a encontrar en el Naranco. Sintiéndose aún acompañado, no se detuvo a protestar por encontrar a la vuelta las puertas cerradas del mesón.

Y fue entonces cuando pudo volver a contemplar cómo por las noches el azul más conmovedor se esparcía sin borrar la pálida soledad de Javier, lentamente arrastrada por la corriente del río, cuando quería ser un hombre hasta el fondo. Y, de pronto, aquellas mismas aguas inundaban ahora también la ciudad con toda su felicidad ya dormida.

Y Chano vuelve sobre sus pasos, convencido ahora de que hay momentos que contienen la vida entera.

IV

Uno de tantos y aburridos amaneceres, mientras ascendía por repicoteadas calles del barrio más alto de la ciudad, Chano se iba dando cuenta cómo la gente de la ciudad está dispuesta de forma concéntrica exacta. Los apellidos se podrían pasar uno a uno,desde los más comunes hasta llegar a los de privilegio, que anidan siempre en las entrañas de la fortificación. Desconocía la fórmula reservada; pero, por ejemplo, en el barrio aquel, deshilachado y sin perfiles, había, como en el suyo, apellidos que sólo conservaban en la memoria el trasiego y la mudanza desde pueblos no lejanos. Por lo que no le extrañaba que la carta de seguro para muchas de estas gentes estuviera en la cercanía de los monumentos pre-románicos, que les adjudicaba ahora una identidad que, aunque externa, más segura que la de su apellido nada protocolario.

–¿A ti que te parece este apellido? –le dijo Carlos, sobrino de Juan,señalando hacia un buzón.

–Pues... no es un apellido de los más corrientes –le respondió Chano.

–Ya. ¡ Pues de menudo c. !

–No sé. Ni idea.

–Pasó la vida j. a quienes yo muy bien me sé.

–Bueno,¿ y a mi qué? La mañana está fría –continuó Chano–, y tendremos que seguir cuesta arriba.

–¡Y otro que algo así! ¡ Vamos, que menuda vasca!

–Te conoces a medio mundo!

–No vale la pena.

Y Chano adivinó que Carlos, el nuevo compañero repartidor que Juan le había confiado, no le decía por primera vez: “ si uno se siente seguro, ya tiene lo suficiente para seguir tirando por la vida”.

–Por aquí no se ve todavía un alma –le comentó Chano.

–Eso, todos siguen j.

–(¡...!) Pero el nocturno sosiego se iba acabando en el presagio de que tras el oscuro espejo pronto bullirían otras tristezas.

–Bueno, lo cierto es que ya no nos queda casi nadie. Por cierto, ya van repartidos casi doscientos periódicos.

Mientras los monumentos pre-románicos exhalan, muy próximos, el olor de la inasequible racionalidad de su bello sueño inexpresable.

–Más bajo encontraremos un bar abierto.

–Ya casi me estaba creyendo de que tú vivías de aire –dijo Carlos.

Minutos después, el anciano que preparaba la cafetera contaba a otro,arrimado al mostrador y encendiendo un cigarrillo tras otro, la reciente historia –que tampoco Carlos se creyó–de un burro despistado. Había aparecido por una fincas próximas, hasta esfumarse del mapa tan pronto como otro compañero lo pasó por la piedra a los ojos extrañados de algunos vecinos.

–Vamos –comentó Carlos–, no sé qué gracia sacan éstos a semejantes historias. Siempre con lo mismo.

–Pues, parecían gente sana.

–Y luego..., dicen que con los años la sexualidad pasa a un segundo plano.

–¡Y encima eso...!

–(¡...!) –ahora Carlos.

–¿Te sientes bien?

–¡No! Porque lo que a mí me divierte no es escuchar a la gente, sino fastidiarla.

–Increíble. Yo diría que no.

–Pues lo siento mucho.

–¿De veras te gusta fastidiar a la gente?

–Créeme, desde pequeño. –Juan me dijo que eras todo un hombre.

–¿Sí...?

–Hay cosas que no entiendo.

–¿Por ejemplo?

–El que hayas quemado el coche al cofrade.

–Cosas que pasan

–No entiendo nada. No esperaba eso de ti.

–Porque es tu tío. –Deja eso. Pero fue algo injusto. –¿Sí...?

–¿Te sientes seguro?

–¿En qué sentido?

–Pensarás largarte, ¿no?

–Indudablemente ya me puedo permitir esa precaución.

–¡ Caray!

–¿Qué estás pensando?

–Quisiera no pensar en nada.

–Sí,estás pensando. Otra vez tu palabra contra la mía.

–No sé ahora lo que tú quieres escuchar, Chano.

–¡ Que me gustaría, hombre, ver ahora a tu tío!

–¿De qué lo conocías?

–A ese c., de nada.

–¿Entonces?

–Que no me gustan esos fardos de soberbia, ¿cómo decírtelo?

Y, además, ¿ cuántas perrerías hizo a tus padres, a Julia, a Pablo y a todo el mundo que se le ponía por delante?

–¿Y qué te iba a ti en todo eso?

–¡Vamos, no me j...!

–Puede ser, si tú lo dices.

–De ti esperaba otra cosa. Pero...

–Luego, te vengaste.

–¡No! ¿De qué?–negó rotundamente Carlos.

–¿Y la gente sospecha de ti?

–Con tal que no impliquen a Juan...

–¿Qué tiene que ver Juan en todo esto? ¡No lo nombres!

–Da lo mismo. Hay cosas que nunca comprenderás del todo. Él nunca permitirá que te sigan haciendo daño.

–Dejémoslo, por favor. Ahora estoy totalmente aturdido. Todo el mundo tiene su senda y sus raíces secretas. Y todo el derecho a confundirse en las encrucijadas, pues casi todas pueden precipitarte en el abismo de la trampa. Por lo que a él respectaba, pensaba que la sola preocupación por uno mismo sería la renuncia del piloto. Por otra parte, no sólo hemos de pararnos en la soledad que erosiona o convulsiona nuestra melancólica desnudez.

–Juan está destrozado.

–¿Sí?

–Ya lo supones, ¿para qué seguir? Tomaría ahora una manzanilla contigo antes de coger el tren.

–¿Quieres decir que te vas?

–Sí, pero piensa que quiero decirte algo más.

–¿Cómo...?

–Piensa que ha sido Juan quien te ha dicho todas estas cosas...

–Debí ser más atento contigo.

–...y que hoy se ha quitado un peso de encima.

–Gracias. Y que tengas suerte.

–Ah, y cuando salga en vuestra conversación el nombre de mi hermana Mónica, puede pensar que engañaba a tu amigo Javier como a todos.

Las pálidas nubes s de la mañana rompieron por entre los que iban a ser enredados pronto enredados carmines, y vendían a ordenar, uno a uno, a las gentes de la ciudad según la medida que les correspondía.

La figura de Carlos, más iluminada, se fue perdiendo por la estación del ferrocarril. En el desamparo e incoherencia que ahora sentía, Chano percibía la sombra que tras de si dejaba e la soledad de Carlos. El encuentro de aquella mañana quedaría como viejo estandarte que aún se remueve sin reposo entre los residuos inarticulados de los sinsabores.

Hoy parece que sólo los nombres propios explican su urgente gramática, Aunque para llegar a esa seguridad le fue preciso pasar por el tránsito de esa realidad que instaura confabulaciones sin excusa. Pero ahora observa que ningún lenguaje deteriora las sombras que permanecen. Pagó la cuota de ese mundo sin apellidos ni mercancías testimoniales. Ahora ya se permite seguir viviendo hasta con lo que no tiene.

V

Existen vivencias –esas que te hacen sentirte al ritmo de las situaciones cómplices –que ni con los años amarillean. Pasados los años, vienen a aliviarte de la muerte a la que lleva el sueño sin posada y que en un mundo de sal y de frío pueden ser referencias beneficiosas.

Chano, en estos últimos años, siempre temió percibir en Pedro un perdido existir intencionadamente oculto, a una persona que, ya se sabe, no se dejaba ver con la frecuencia de siempre. Así que, cuando le encontró, tras unos cuantos años, en el bar de la calle Oscura, se sintió invitado por la extrañeza y por cierto desasosiego. La desarmonía de un fondo de sombras estrafalarias, la luz, lánguida y poco evocadora, le hizo, como por primera vez, asomarse a un ensayo de la verdad de su viejo amigo surgido ahora como de un sueño.

Pedro parecía prestar más atención al silencio interior de su rico espíritu, insensible al trasiego de la gente. Pero seguía siendo, sin duda alguna, la persona que no necesitaba la compasión de nadie. Parecía saber ahora cómo conciliar en un instante el ajetreo que se traía la gente con su paz interior.

–¿Otra mesa, Pedro? –preguntó el camarero.

–Mejor, dos mostos.

–Pero lo tuyo, ¿no era el vino?

Por otra parte, una vez sentados al fondo, Pedro parecía adivinar, hasta poder describirlos,todos los cambios operados en Chano.

–¡Dios!, qué duro es volver a entretejer los pensamientos y

ver a los amigos nunca olvidados.

Y aunque la persona de Pedro infundió, desde la primera palabra, en Chano un sentimiento de seguridad, su estar más allá de todas las cosas terrenas coloreó las agridulces sombras de aquellos recuerdos.

–A los catorce años ya me conocía todo el barrio de pe a pa

–dijo Pedro por fin.

–¿Has nacido por aquí, no?

–Eso ya no lo recuerdo. Tampoco nadie me lo ha dicho.

–¿Entonces?

–Cavilando. Lo que si recuerdo muy bien es que a esos años

ya me subía a los tíos al segundo y los robaba mientras ellos se entretenían con las tías.

–¿A los catorce años?

–Verás tú, gracias a eso nadie logró engañarme luego.

Una mujer ansiaba encontrar algo en el bolso.

–A esa tía, seguro, la conocerás –dijo Pedro.

–¿Quién es?

–Pobre Margot, siempre lo ha confundido todo con el culo.

–¡Cómo puede cambiar tanto la gente!

–Su primer apaño murió electrocutado, cuando los médicos le habían diagnosticado cáncer. Parece ser que fue una suerte para ella. Sin hacernos caso, se llevó el dinero cobrado para contarlo en casa, que era lo mismo que pasárselo a las vecinas por las narices. Claro, pronto alivió su dolor con un enfermo del Psiquiátrico. Fue todo antes de conocer a Pablo.

–Ahora sí que no entiendo nada.

Pedro tenía, sin duda alguna, sentido del humor. Cuando Chano miró alrededor, la mujer se había ido.

–¿Me voy al trabajo con Pablo, o vamos a pasar la noche entera cotilleando?

Pero Chano, a decir verdad, no estaba dispuesto al trabajo, ni tampoco había venido a eso, era la pura verdad.

–Otra noche, o más tarde –dijo Pedro–me contarás tú otras. En el seminario os enseñaron a contar historias. Javier, cuando a escondidas venía a verme, me las contaba maravillosas.

–No, hoy no estoy para contarte historias.

–Pero tú has estudiado mucho. Si yo lo hubiera hecho, está claro que no me dejaría ahora putear así.

–Bueno, déjalo.

–¿Qué libro te traes ahí?

–Me lo acaba de devolver un amigo. Es una novela *Los hermanos Karamazov*.

–¿Ves?...eso ya no me lo hilo yo.

–Creo que a ti te gustaría leer la leyenda del "Gran Inquisidor" Está incluída en esta noivela.

–¿Y eso qué es?

–El Inquisidor reprocha al mismo Cristo que hablara de libertad a la gente: que ésta lo que quiere es ser feliz, y no correr el riesgo de la libertad

–No entiendo nada. Aunque me parece que ese señor tiene un poco más de ética que tu tío. Cuando me vio cerca y reconoció su equivocación, fue tan rápido en buscar la anulación de nuestro matrimonio como lo había sido antes para casarnos.

–No quería recordarte esas cosas. ¿Qué ocurrió?

–Que su hermana, pensaba él, resultaba ser demasiado sincera conmigo.

–Eso es lo lógico, ¿no? ¿Y qué decías tú de eso?

–Veía que la equivocación era mía. Te quiero deir...que mi equivocación la estaba matando.

–Sé lo que quieres decir, pero...

–No es eso. Yo ya pienso en pocas cosas.

–¿Crees en Dios?

–Conocí los sufrimientos de la gente en la postguerra, el sufrimiento de mi alrededor, a tantos desesperados y heridos para toda la vida...¿No crees tú que se merecen ahora un resurgir de entre los muertos, la destrucción de tanta miseria?

–Me dejas sin respuesta.

–¡Si esto os lo que os escuché un día a vosotros!

–¿Sí?

–Y que el enemigo,aún peor que tu tío, era la realidad verdaderamente enemiga del hombre: el hambre, la enfermedad y el desamor.

–Gracias. Qué razón tenía el que me dijo que la sabiduría era un don de la gente sencilla. Bueno, Cristo mismo se dio cuenta de que los hombres somos muy frágiles e indefensos. Quería que, sin careta, pudiéramos encontrarnos con Dios y con nosotros mismos.

El cenicero estaba lleno de colillas. Pedro, cansado, regresaba al abandono del amanecer que presumiblemente ya se desgranaba por toda la ciudad. Chano pensaba que nunca sabremos con exactitud lo que estamos haciendo.

VI

Cuando durante un tiempo Chano se creía cerrado en la placidez de ese espejo de la rutina ciudadana y no se paraba ante el vacío de otras ruinas por cómodas razones; sucedió que los ecos del laberinto volvieron a vulnerarle nombrándole en otros.

–Pienso –le dijo Pablo –que este viaje de hoy contigo ya lo he hecho algún día ¿Hace ya veinte años?... Lo que no sabía entonces era si teníamos que coger esta calle u otra. Entonces, retornar al hogar era como entrar otra vez en lo mismo, y eso lo evitamos todos.

Por aquella calle parecían ahora escamotearse por sistema todas las responsabilidades del individuo por la noche. Tenían que darse prisa, pues sus competidores eran lebreles alertados. Por otra parte, los ojos entreabierrtos de la ciudad extramuros se mostraban tolerantes. Las tristes magias temblaban en soledad y las locuras prolongaban secretos sin encanto.

–Me gustaría quedarme por aquí –dijo Pablo, sorprendiéndole.

Juan le había dicho que Pablo era un hombre que abundaba en opiniones sin reveses y atrevidas sobre casi todo. Pablo ahora, sorprendentemente, caló su sombrero contra viento y marea y fijó su mirada de una manera desconocida, que parecía hacerle inaccesible a las realidades más simples y pobres de la calle, como si de otro reino extraño se tratara.

–¿Cómo te sientes trabajando para Juan? –le preguntó Chano.

–Es un tío cabal, no quiere nada para él. En realidad, trabajo

para mí. Ahora –añadió –sólo falta que él no se coma en exceso también el tarro.

Chano desconocía, por el momento, si a Pablo le acompañaba ahora la realidad esa que nunca se adormece y amartillea las puertas de un olvido imposible. El pensamiento sólo intercala soledades.

–¿Vives solo? –le preguntó.

–No. Siempre encuentras por ahí a alguien tan puteado como tú.

–Bien.

–¿Qué dices tú? La evidencia es que pareces razonable, pero, venga, de ninguna de las maneras...

–Déjalo, la noche es para trabajar.

–Me resulta agradable poder escucharte, pero, ¿no es ridículo que tú también metas las narices en esto?

–¡Qué amigos nos hemos vuelto a hacer!

–Parecería cosa de críos, si a Juan...no le trajeras tan preocupado.

–¿A ti qué te parece?

–Perdona, Chano. Lo vas a entender pronto.

–Pero, ¿qué crees que debería hacer?

–Hablarle a tu tío de Jesucristo. A ver si de una vez se entera de quiénes éramos. Pero la verdad es que nadie ahora habla de él. ¿Miedo? Pero, déjalo. De nada nos servirá.

Chano se quedó silencioso. Si tratara ahora de explicarse, se sentiría hecho un lío entre aquel aire levantado que estremecía las hojas de los árboles cercanos.

Pero Pablo pronto se puso a contarle otra historia:

–Una noche –le dijo en el bar en el que se pararon–a la hora

de echar en casa el resto en la última partida, decidió echar a hombros sus arreos. Cuando llegó a donde ahora, y bebía con avidez esa copa que aclarase el camino a seguir. de pronto Elena, su última compañera, con tal de trastornarlo en el último reducto, se levantó inesperadamente de entre la clientela.

–Siempre has hecho lo que has querido –le dijo con mucha dureza.

–¿Por ejemplo?

–¿Y eres un vago!

–Repite eso –le dijo él.

–¿O es que piensas alguna vez en los tuyos?

–¿Vale ya!

–No piensas más que en ti! ¿Qué me habías prometido?

–Lo tengo olvidado. Como ves, mi estabilidad es algo muy vulnerable.

–¡No faltaba más! Esto no es justo. ¿Por qué quisiste que nos largásemos aquella noche?

–También a ti te salieron mal las cosas ¿O no?

–¿Por qué te largaste de esa manera?

–¿No me negarás ahora que era eso lo que tú venías esperando? Pensabas también tú así, ¿no es verdad?

–Nunca has tenido una palabra de ternura o cariño.

–¿Alguien las ha tenido con nosotros?

Los azares de su vida, Pablo se los contaba con distanciamiento, como dejándole tener la razón en la reprobación o en el reproche. Chano, escuchándole, se sentía espejo de lo que hacía años había escuchado, mirador de las yedras y de los musgos surgidos entre los seres de repente reencontrados. Pensaba que la vida no había venido a cambiar los destinos ni las historias.

No pudo aguantar más de pie y se sentó. Un viejo reloj daba ya las doce. Afuera, el aire sonaba más fuerte. No era la tristeza la que ahora encogía su corazón, sino la certidumbre de que su alrededor se alteraba también en un entorno de inquietas sombras. ¿Cuántos vacíos aún iba a encontrar bajo las estrellas de la noche? Pablo parecía continuar con aquellas ensoñaciones pasadas que no volverían a reverdecer ni redescubiertas en otro fondo más luminoso.

Chano recordaba la vieja ventanilla de la casa de la abuela. Le bastaba cerrar los ojos un instante para ver el fluir agolpado de los pensamientos inconfesados que consumían los enamorados junto a la farola toda la noche tan inmóvil. ¿Por qué –se preguntaba–le eran ahora cada vez más familiares los caminos tan poco convencionales como el de la búsqueda del cartón?

Por fin, Pablo continuó:

–Te he contado alguna de mis cosas, entenderás que me he equivocado; y si no lo piensas así, también tú...

–Te comprendo, Pablo. Está bien.

–No me habré explicado. Y perdona el tono –añadió.

–Pues hoy me resultas más simpático.

–No eso. Pero te hablaré más claro.

–Mis derrotas exceden cualquier justificación.

–Echemos un cigarro.

–¡No me hagas reír! Tú no fumas. Con que comprendas que no tengo mala fe, me basta. Lo que ahora me importa eres tú.

–Lo sabía.

–De ti se puede esperar cualquier cosa. Créeme, Juan está muy inquieto, créeme. Teme que te estén preparando una encerrona.

–Te lo agradezco.

Apeados en la primera esquina para, hacer la última recogida, Chano seguía pensando en los seres que en la noche huían de tantas cosas, en los buscadores de otras, optando por los rostros encontrados y nunca los objetos interesados. Y, en un instante, observó a una pareja haciéndose el amor, ¿entre las ortigas?

–¿Qué ocurre? Seré indiscreto –exclamó Pablo–, pero no me parece un buen juego el quemarse vivos.

Pablo echó a correr hasta el punto señalado por Chano. Con dos bofetadas los lanzó hacia el Psiquiátrico.

Pausa.

–¡Pablo!

–¿Qué?

–No hay sino una cosa que estuvo mal...No he correspondido esta noche a tu sinceridad.

–¡No digas eso, por favor! La verdad es que he terminado sin saber explicarme.

Chano comprendía que debía marcharse; o al menos, buscarse una onda diferente. Pero un mal encarado pedigüeño alargando su pierna –"Hoy ni puta, tío"–le obligó a volver a su compañero. Pero Pablo ya no le respondió, Entonces se tiró para ganar el camión que ya se iba.

–Vaya –comentó el conductor, cerrando de golpe la puerta y reanudando la marcha–.

–¿Por qué?

–¿Qué te ha contado?

–Ya ves...

–Estará buscando ahora el auxilio de un banco cercano, allí pasará unas horas.

–¿Sí...?

–Sin duda, no puedes imaginarte cómo se le habrá encogido el corazón para poder hablarte.

–(¡...!)

–No te conozco, pero, ¿qué piensas hacer ahora?

–Ya veremos.

Cuando en este retorno Chano busca entre los recuerdos uno sobre el que descansar sin saber si es él quien busca y no el buscado, el lento trashumar de las nubes casi invisibles arrastra hasta la brillantez no apagada de los escaparates una blanca marea de nombres inolvidables. ¿Qué se nos ha perdido? ¿Fuimos nosotros los perdidos?

Pero todo permanecerá como ayer. ¿Para los náufragos son inútiles las redes? Tendría que llegar a casa para poder pararse a pensar, sin embargo, cómo el amor, a pesar de todo, descubre al otro como algo tan precioso, para mantener intacta la idea de la grandiosa dignidad de la gente.

VII

Cuando creía, años más tarde, que seguís la corriente, pensando que lo nuestro es un mero pasar por esto que llamamos vida sumando en el vacío sombras sobre sombras, ahora iba descubriendo la vivencia de que todo está aquí otra vez, aunque deteriorado, sin modificarse aún cuando disminuyan las tormentas o descanse el oleaje. ¿Era todo como había sido, o como él deseaba que hubiese sido?

Acudió a la llamada inesperada de Carlos, como sintiéndose en una reserva compartida de soledades mutuas; como tras una pisada benigna hallada un día en el deambular oscilante de la vida. Lo encontró a anudándose la corbata y alisando su pelo con ambas manos. Tras el saludo, se volvió en busca del tabaco, Tras el saludo, se volvió en busca del tabaco olvidado en la cómoda de la vieja pensión. Estaba muy cambado. No le había aclarado todavía la urgencia de su llamada. Mientras lo esperaba, Chano observaba todo aquel revuelo gris. Cuando se observan simplemente las cosas, la memoria esconde su saber.

–Barruntas algo nuevo ¿no?

–Lo único importante es encontrarnos de nuevo.

–Mejor así.

–Espero pasar el día en tu compañía.

–Espero que sí.

–Perfecto. ¡Y cómo me alegra el que me hayas llamado! No presentía, en aquel momento, que la mañana le fuera a involucrar más que en un diálogo o en una conversación solventada con una simpatía mutua y nunca escondida. Un poco más tarde,

celebrarían la ocasión al aire libre, donde le parecía a Chano que se agotaban todas las ansiedades.

–Tendré que hacer una llamada. Mi hermana Marta me lo dramatiza todo.

–¿Qué le ocurre?

–Que si no la llamo, nos aguará la fiesta.

–¿Aún no la has saludado?

–Cálmate ahora..., la llamaré.

Mientras Carlos hablaba por teléfono, observó cómo Magnolia entraba en la cafetería con el que tal vez era ya su marido. Su observación se convirtió pronto en el juego cómplice que aún le turbaba, que le requirió un día y del que terminó huyendo. Magnolia tardó en dejar de ser una presencia navegando en la tiniebla incómoda de sus sueños.

Sentado, rememoraba viejos recuerdos. Veía a la multitud trepidante de jóvenes con deseo, con gozo, y también con ingenuidad. A Magnolia la veía ahora envuelta en la luz alterada de un mediodía tantas veces evocado, mecida en el vaivén de un brillante juego, como imagen de reverberación de la sed de agosto; pero poniendo también fin a la intensidad agridulce de la emoción.

Finalizada la clase de Historia, había descubierto su mirada confundida en el espacio que intermediaba entre el alma y la carne. Pero el momento interminable entre el sí y el no, por fín, se ahogó en los sinsabores de la tristeza. Excesivamente fijados por entonces los circuitos de su sistema de referencias religiosas, tampoco ninguna de las tentativas posteriores tuvieron éxito. Sólo la primera había abierto un camino de añoranzas. Pero, ¿por qué cualquier mujer amada hoy serías tú?

Habían pasado pocos minutos. Y Carlos echaba ahora un vis-

tazo a los cuadros colgados en la cafetería. Al fondo, lugar frecuentado por los aficionados a la ópera, Chano también contempla a Gianna D'Angelo, intangible y lejana, separando su yo del que iba siendo.

Luego, la voz de Carlos se quebró y parecía dispuesto a no frenar nada tras su jersey azul.

–Mi hermana tampoco me ha cogido el teléfono.

–No estaba en casa, no es más que eso.

–Siempre fue un desastre.

–Vamos, la llamarás más tarde.

–No soy esclavo de nadie, lo sabes.

–Tú y yo somos esclavos de las trampas que nosotros mismos nos hacemos y en las que luego caemos.

Chano con frecuencia recordaba las amistades nunca tan profundas que le plantearan problemas o las que terminaron simplemente en la muerte por aislamiento o por asfixia. Pero para él Carlos no contaba con dones para embaucar de ninguna de las maneras, ni para dramatizar aventuras no somatizadas. Por eso llegó a pensar que los distintos ejercicios de pensamiento que surcaban el silencio de los dos, se sustentaban en exclusiva. En una lucha común contra el sinsentido de la vida.

–¿Por qué esa necesidad de hablar hoy con tu hermana?

–No sé... tal vez me tema que sea un buen tipo...Hace años que reina ya un silencio entre nosotros.

–Luego, ¿se trata de Marta?

–Sí. Y esto es lo que me infunde turbación.

–¿Y qué le dirás?

–Me gustaría decirle que ya estoy cansado de callármelo todo, si quiere escucharme.

–Vuelve a ser el niño Carlos. Y háblale.

–Ahora mismo no estoy tranquilo, y fantasearía mucho.

–Ya...

–Pero no quiero terminar hoy aquí con otro silencio .

–Estás olvidando que fuiste tú quien hoy la ha llamado.

–Tú conoces bien a mi hermana. ¡ Fue siempre tan distinta...! Ni Irene ni yo supimos defendernos de ella. Pero, ¿por qué el día de mi cumpleaños trajo a su compañera de clase para que durmiera conmigo? ¿Por qué, después aquellas prisas en decírselo a Juan?

–Sois muy distintos.

–¡Déjame continuar!

–Continúa...

–Seguro que tú no conociste a mamá. Te diré que le gustaba la soledad, soñar y contarnos sus historias.

–Pero Marta ya sabe todo eso.

–Imagínate que tú eres ella, Y ahora haz que me escuche.

–Di.

–A mi no me gusto lo que hiciste aquella mañana. ¿Por qué huiste?

–También por ti.

–Repíteselo a Chano.

–No comprendo por qué aún me recriminas y, por otra parte, quieres que Chano se entere.

–No es eso lo que ahora quiero.

–Te comprendo.

–Pero te has largado. Estabas, sencillamente, imitando a mamá.

–Luego, ¿te sentiste chantajeado?

–Puede ser...Pero, ¿qué explicación habría para el odio que sentía por ti?

–Nos volvemos a encontrar juntos, como antes. ¿Podrías ahora olvidarlo todo?

–No sé. Entonces pensé que si salías como mamá, te mataría. Y perdona que me traspapele tanto hoy.

–¿Pero lo harías?

–Hoy, a tu lado, pienso que no lo haría.

Ese hilo de la vida que podemos encontrar una mañana, al final de los vientos equívocos, es lo único que nos puede ir salvando a los que no estamos dotados de otras herramientas en el túnel de los fantasmas. No somos más que un niño que se cansa de andar y hay que tomarlo en brazos.

Cuando, a los pocos días, se enteraron del fallecimiento de Marta, Carlos cerró los ojos y Chano observó que las lágrimas podrían salir de un momento a otro. Una ola de compasión inundó su alma. Como si los destinos de cada uno no estuvieran nunca en el uno, sino en el otro. Pronto las lágrimas cegaron a Carlos.

A la tarde, la ciudad se había aquietado. Chano miró al otro lado de la calle. Y vio cómo ésta, tras la siesta, recobraba la sombra de una resaca entre azares y destinos ingratamente repetidos. Sintió que Carlos estaba en trance de escapar, pero esta vez no hacia afuera sino hacia dentro. Y una mano invisible se extendió hasta su cautiverio para asirle.

Dieron vueltas y más vueltas por la ciudad, hasta que se dieron cuenta de que no habían comido. Y, después de repasar la ciudad varias veces, fueron a parar a donde el silencio entrecortaba su comida.

La soledad es un coto privado. Como un infierno.

VIII

Aunque Chano sabía que no podía pararse en nada que no se perpetuara, seguía sintiendo las viejas imágenes de su memoria golpeando las olas. Los había asumido y, por eso, todo lo encontraba no como pesadilla, sino como carne y hueso. También era consciente de que sólo salvaría su urdimbre afectiva lo que se presenta un día no como oportunidad, son como ocasión de brega.

Por eso cuando sonó el teléfono de un modo desafiante, lo descolgó ya identificado. Y dijo:

–¿Quién?

–¿Has decidido?

–¡Caray!

Se calló por un momento y luego añadió:

–Disculpe... pero...

–Pablo fue a preguntar por ti, y no te ha encontrado, ¿dónde te escondes?

–¿He cogido el teléfono, no? Pues a su lado –dijo con calma.

–No es eso, y tú lo sabes.

Últimamente, cada vez que se veía obligado a coger el teléfono, sentía que una especie de temor se sobreañadía a la inoportunidad; aunque, en esta ocasión, no lo sentía como algo abrupto. Cabe admitir que era ya excesivamente tarde para una llamada decisiva, como también para una legítima defensa.

La voz continuó:

–¿Me oyes?

–Sí. Y también he olvidado la hora que es.

–Espero que aceptes ese cargo. Oye, ya hay también quien lo envidia.

–Esta sí que es una broma. ¿Quién?

Y se quedó con la tranquilidad propia de cuando las palabras interiores se desarrollan sucesivamente dotadas del primer sentido. Ese momento era para él una forma de posesión Hacía mucho tiempo que ya no la creía posible

–Siempre has sido sorprendente ¿no?

Pero el teléfono se dormía inexpresivo y artificial Con todo, sería inconfesable el rebajar las palabras ajenas al nivel trivial de los insignificante. Seguro que con aquella voz de mística falsa había acudido a en auxilio a sus cofrades en auxilio para su sobrino con graves dificultades mentales.

–¿El qué? –preguntó Chano, dando un largo respiro para seguir la pura libertad.

Chano se volvió a otro momento. Había transcurrido una largo rato durante el cual ya no se oyeron sus pasos. Se había ido. Escondido bajo la cama, intentó alargar ahora sus pies, calzados con las botas que Juan le había regalado. Era un miedo irracional, pero invencible. Durante el resto de la mañana ya nadie le diría nada por lo de las botas. Había tenía unas enormes ganas de darle un bofetón a su tío. Así que cuando el teléfono continuó, Chano ya se había levantado de debajo de la cama.

–Hemos hablado con el concejal,

–Era una voz eructando todavía la fabada del mediodía. ¿Dónde se la habrá comido éste hoy?

–Ahora ya no me importan todos esos tus asuntos.

Y a Chano no le importaba en absoluto. ¿Cómo se entrevistarán hoy tan amigos, si ayer no se podían ver? Sin duda alguna,

Dios nos llama a todos, pero luego es el diablo el que los asciende.

–Así que no te importa? Claro, siempre te importaron los otros más que tú mismo.

–Eso no es exacto... Entre los demás, depende de quiénes...

–Que sí... está muy claro. Y nunca te importa la manera con que lo haces.

Tal vez tenía parte de razón, pero Chano no estaba dispuesto a dársela. Sentía que la elevación del tono de la voz zumbía súbitamente. El tábano estaba irritado.

–Sinceramente: ¿cuál es el arreglo?

–¿Cómo que no caes?... Se busca siempre lo mejor para ti.

Pensándolo bien, ¿cómo uno podría imaginarse, ¿cómo podría imaginarse a nadie, por encima de todas aquellas palabras que nada expresaban, en la cima de algún poder? ¿O estaba precisamente en ello el secreto de su moneda corriente?

–¿La última oportunidad?

–Da igual. Decide.

Ya no era una voz temida. Comiendo mucho, está claro que uno se ve obligado a utilizar frases cortas. Hasta él mismo se sentía empachado con su misma fabada. ¡Que un día te vas a atragantar...!

–Ah, ya... Pues dejadme en paz.

–¿Ves? Nunca el agradecimiento fue una de tus virtudes.

–Por supuesto. Pero si alguien piensa que esto me acarrea problemas, se equivoca.

–De acuerdo.

–Oiga,¿ y con quién el acuerdo?

–Pensando así, vas por el camino a otros que no serán tan benévolos con tus resentimientos.

Chano, al oírlo, pensó quitarse poco a poco la cerumen que tal vez tapara sus oídos.

–¡Tonterías!

–¿Te estás riendo?

–Sí. Creo que es muy cómica la escena que está montando mi vecino.

–Siempre fantaseando... Tú ahí no tienes a nadie.

–En el bolsillo, claro, no; pero elvecino es, efectivamente, un experto cómico.

–No insistas. Mira... no me entiendes –y continuó muy irritado –¡Recibirás muchas sorpresas en la vida!

–Lo que, sin duda alguna, será hermoso. ¿Qué otra cosas podría esperar?

El precio de su pequeña libertad lo estaba pagando con moneda propia. Si a los cuarenta años uno no ha alcanzado en la exploración personal las interioridades de su libertad, le será peligroso refugiarse junto al manantial ofrecido.

–No me negarás que siempre has aceptado a las personas que casi todo el mundo rechaza.

–¡Dios mío!,siempre se me olvidó preguntárselo.

–¡Cómo! ¿Qué no les has hecho preguntas...?

–Nadie ha esperado mis preguntas; todos se han adelantado a decirme.

–No, no estoy para bromas. Se ve que, dejándote enredar, te has convertido en una víctima.

–No pierda el tiempo con ese temor.

–No me entiendes porque la ironía y la desilusión alteran tu escucha.

–Hay que oír.

Lo primero que tenía que hacer era cerrar la ventana. Pero tenía que callarse el teléfono antes.

–¡Nada...! Nunca has tenido sentido de la responsabilidad.

–Puede ser... pues, por ejemplo, yo nunca la he necesitado en la cama.

–Te encuentro desilusionado.

Pero seguiría aguantando todo lo que le echase.

–Chano, quien olvida el pasado está obligado a repetirlo.

–Pero, señor mío, si todo lo hago precisamente por eso. –Por favor, acéptales este trabajo.

–No, no, no ¡No!

–¿Qué es lo que pretendes!

–Déjalo ahora

–¡Caramba!

–Pero bueno, tío, ¿a qué juegas por esta vida?

Tuvo la sensación ensombrecida de que dejaba de pertenecer a algún mundo. Más adelante, también advirtió que la casa no aprisionaba ninguna de las timideces entre los despojos de la tormenta pasada. Ni aún debajo de la cama.

De la experiencia inefable del sueño de la noche anterior, había despertado agotado y con muchas lágrimas en sus ojos. Le sería imposible describir aquel efervescente campo magnético de vibraciones que le incitaron a provocar las dos bofetadas airadas sobre el rostro de su tío. ¡Atreverse a apoderarse de la casa porque mi madre, ya viuda, no le pudo devolver las 3.000 pesetas que le había fiado!

El sueño le había revelado que al final nos podemos liberar de un no que largamente nos amarga, cuando es un sí que por largo tiempo en el silencio nos devora.

IX

Bajó por otra calle, dando un rodeo para no encontrarse con unos y otros, buscando esa paz interior que es la más preciosa condición de la vida. Cuando su olor vuelto oro viejo, apareciendo y desapareciendo, suspendido en sus aleros. Y pensó de golpe en tantas palabras repetidas fuera de tiempo, ajenas para su existencia siempre en suspenso. Se imaginó al viejo sacristán esperando el amanecer para tocar la campana para los que ya estaban a la puerta. Para él era ya un refugio perdido. Entre tantos olvidos, el pequeño parquecito, sin hadas ni duendes, descansaba tierno y frágil sobre el viejo cementerio. Por donde estuvo la tumba de la abuela, dos jóvenes, colgados como sus gabanes sobre la pared, indefensos y ya gastados, se pinchaban como transgrediendo un mundo que no les merecía la pena. Chano no perdía la estela del viejo sendero que escapa asustado hasta el próximo cruce de carreteras. Tiró a la derecha, receloso, hasta llegar a zona habitada. Y respiró como no lo había hecho nunca.

Dobló la última esquina para acercarse a la casa de su otra tía. Era allí, en aquel portal abierto. Y ya arriba, se quedó un instante mirando la puerto a ver si aparecía su nombre. Pensó que debía haber llamado desde abajo; siempre había sido un desastre para estas cosas. Pero, aunque olvidadizo y despegado, sería breve.

–¿Quién? –preguntó la voz de un niño tras la puerta.

–Chano –dijo sin dudar –¿Está la abuela?

–No –respondió

–¡Ah, vaya...!

–Y no puedo además abrir la puerta a desconocidos –añadió.

–Da lo mismo, pequeño... Cómo estáis? Díle que ha estado aquí su sobrino Chano.

–¡Si la abuela me ha dicho que no te abriera¡

Y se alejó de inmediato de la puerta.

Otra vez de camino por la ciudad, tristemente iluminada por los nubarrones, de nuevo a su estado interior. Sin pensarlo, optó por la vieja calle Oscura. Hablaría con Juan, pues éste ya no esperaba nada. Y el silencio de su escucha apagaría cualquier asomo de tensión que pudiera surgir silenciosa acogida.

Estar nervioso es desagradable, sin duda alguna. Y aunque sé que tú no me vas a hacer preguntas, ojalá no sientas la bola en el estómago que yo siento. Pues aunque no lo creas, hace tiempo que me preocupas, ¿sabes? Pero piensa que hoy al final me sentiré menos preocupado, aunque ahora, no sé por qué, me sientas temblando.

Por remontarme bastante atrás, te diré que cuando en casa se mencionaba al tío, mamá decía que tuviéramos cuidado con lo que hablábamos. Yo creía que tal vez se tratase de una persona que pudiera arrebatar algo de nuestro mísero mundo. Pero, el día que papá llegó a casa un poco bebido, gritaba que a ese tío le iba a pisar la cabeza. Al momento comprendí a quien se refería. .

Pensarás que estoy escuchando mi propio relato. Quede claro que ya no creo en los hombres o en las ideas a cuyo servicio merezca la pena probar que soy digno de su confianza. Han pasado los años para mí que cubrieran las apariencias de mi vida, y no quisiera alargar alargarlas a la luz de algo que ya no necesito. Créeme, he aprendido de ti a no afirmarme cuando niego lo que los otros aseguran.

Nunca en casa hemos vivido la experiencia de un bienestar

psicosocial; pero, gracias a Dios, tampoco nuestra historia, sencilla y vulgar, engañó su conciencia con falsos pudores y voraz hipocresía. Cuando lo del coche, también sentí una alegría,pero tan intensa como penosa. Piensa que Carlos tal vez estaba haciendo un acto de amor, aunque equivocado. .

Pero, dejando a un lado todo esto, esta noche he de contarte todos mis latidos. Ahora que alcanzo esos años que dan espontaneidad, te diré que, falto de seguridad, incapaz de dar un salto hacia adelante en aquella cultura de fracaso, me enredé en el juego del soy y no existo. Poco a poco, fui descubriendo que lo que uno piensa que abarca resulta precisamente lo incomprensible.

¿Javier...? Ansioso de verme confirmado ante él, lo convertí en consuelo de mis melancolías. Fui negligente ante la infamia del tío. ¡Mira que hablarte de nuestra amistad un tanto peligrosa...! Todo ello porque Javier se atreviera a decirle que si a Julia la llamaba criada y no ama, otra razón había. ¡No me digas que no gozaba mientras el coche ardía!

Me es amargo reconocer que el miedo, por largo tiempo, terminó amordazándome en cada esquina; pero aún me es más horroroso comprobar la ventaja ajena que sacaron de nuestros miedos . Aunque, no lo dudes, fue también el miedo quien convirtió al tío en maestro. El miedo termina corrompiendo hasta ese poder espiritual, si es que existe tal poder.

¿Proseguir?... No soy un hombre nacido para la lucha, tú lo sabes. Durante mucho tiempo has esperado que, una vez descubierta la ceremonia de confusión, yo aprendiese a mirar por encima. Pero, ¿el volver nos salvaría ahora? ¿lo ves así? Sin embargo, la verdad que rememorar hoy contigo, me libera.

¿Por qué no entra en la cabeza de tantos que el verdadero culto a Dios es la vida misma? Y, sobre todo, la mísera y cálida vida de nuestros contornos.

Si llegué a la ciudad piando, no me volveré, sin embargo, cantando motivos de repulsa. Pues el error está en el peregrino que se distrae y no se para a contemplar el espacio de las desdichas. Temo, y no lo quisiera, que esta confesión sin hilo te deje preocupado, ya que muchas congojas me las he fabricado yo mismo. No tengo ninguna disculpa que ofrecerte. Recuerda cuando me decías que no hay soledad sin compañía...Por eso, aunque desocupado, no traigo a mi memoria la indecible tristeza de los que duermen. Pero piensa que no puedo sentirme limpio a la hora de la desidentificación sin decirte estas cosas, aunque las palabras mías ya no te sirvan de nada.

¡Qué bello es tu candor de niño y tu experiencia de anciano, recordando mi futuro y presintiendo lo pasado!

Se acercó y le dijo:

–Oiga,¿es ésta ahora tu pensión!

–Hace meses que ando de pensión, pero está unas calles más abajo –respondió Chano.

–En todo caso, te llevan viendo pasar las noches por aquí.

–Pues alguien que sabe que últimamente me siento agusto.

Hubo un largo silencio. Se sentó a su lado.

–Eso está bien –dijo –Pero no puedes andar así por el mundo, esto no es lo tuyo.

Y Chano entonces, sin vacilar, le preguntó:

–Y tú, ¿qué tal?

–¡No me digas! No se lo creería nadie...

Chano le miraba a la cara.

–Hace tiempo que no me encontraba como esta noche –añadió.

–No veo por qué no he de creértelo. Pero, ¿lo crees tú?

–No me entiendes.

–Desde luego.

–Tenías que haberlo visto. No me lo tomes a mal, pero Juan sí que esta noche me ha entendido.

–¿Cómo? ¡Si lleva ya dos meses en el cementerio!.

X

Chano, en los últimos años, sentía la soledad del vigía, la sensación de un novicio que había tardado muchísimo en llegar a la experiencia lúdica. Esta tarde, superados los rescoldos de algunos sentimientos, había vuelto a la ciudad dispuesto a un reencuentro con todos aquellos momentos que esperaba gozarlos en la medida que lo permitiera la alta emoción de la sonoridad.

La ciudad celebraba el día más popular de sus festejos. Y ese día exhibía una condescendencia ocasional con el desorden y la dicha. Y la libertad, por otra parte rielaba con una intensidad no habitual y preludiaba una dinámica lúcida que pronto alertó a los que pensaban que las cosas no tenían que ser en absoluto así.

Desde luego, la torre de la catedral cuidaba de que no se desfigurase la bondad de la historia escrita de la ciudad. Y se esforzaba en devolver a los romeros a los límites de sus reivindicaciones con la cadencia inevitable de su adusto dominio.

–Hoy seguro que no quieres contarme ninguna historia –Le dijo Pablo.

–Hoy no tengo ninguna historia que contarte. Ya nos las han contado todas.

–¿Y no te queda alguna que contarme?

–¿Estamos de fiesta, no? Bueno, yo pienso que es mejor que disfrutemos un poco con la gente.

Un canónigo camina en el sentido contrario a la mayoría de la gente con el viejo libro "*Estragos de la Luxuria*" bajo el brazo:" Melindres lascivos con que hechizan, no sólo a los mancebos y jóvenes de pocos años, que abrasan en la torpeza, sino a los ancia-

nos que los irritan en la lascivia rabiosa". Con cara de búho sabio, expandía las obsesiones de sus pensamientos por aquel itinerario ahora del diablo, hasta encubierto solapadamente en los que debieran ser benefactores de una ciudad tan buena en otro tiempo.

–¿Tú no crees que las cosas han cambiado? –preguntó Pablo.

–Sí, creo que sí. Y mucho.

–No, creo que no.

–Bueno, hombre, el cambio no es sólo problema de canónigos. El problema es otro. Y es de todos.

Se iban formando grupos más numerosos de gentes por aquella zona sin peligro. Cercanos, tres niños se unen a la fiesta. Llegaban jugando con un balón imaginario *"mía, tuya, García Barrero y ¡gol!"* –Seguros de la sonrisa que les traería la noche, observan la teja del canónigo y cambian el canto: *"Que llueva, que llueva, la Virgen está en la cueva..."* En rostro del canónigo no parecía acompañar su paso acompasado: "Del jumento silvestre dice la Divina Escritura, y explican sus graves Expositores, que cuando le da el aire de su *luxuria* y de su brutal amor, no hay poder en el mundo para detenerlo ni apartarlo de su furia bestial, ni piedras, ni palos, ni espadas, ni lanzas para detenerlo; por todo atropella". Siguiendo a San Jerónimo, todo le parecía irremediablemente perdido: por la mañana perturbada, por la tarde insaciable, por la noche encendida, pobre ciudad,¡quién te ha viste y quien te ve!

–Pobre comunidad en la que no cuenta lo que se dice, ni las razones que se aducen, sino únicamente quien lo dice –comentó Chano.

–Pensaba que ya habías dejado a ese canónigo en paz.

–Sí. No me importa lo que esté ahora pensando.

–¿Seguro?

Un joven africano, apoyado en la pared, tenía tiempo para cuidar lo que había expuesto en la acera y para observar lo que estaba pasando. La madre que por allí pasaba dice a su hija:

–Anda, date prisa.

–Y siempre con prisas... Venimos a mirar ¿no?

–No es eso, hija.

–¿Qué te pasa ahora?

–Que no sé cómo la gente tiene el valor de dormir con un tizón así en la cama.

–¡Racista!

–Pues tu madre, hija, no es ninguna tonta, pues bien de cerca los observé en Grao cuando la guerra.

Y los niños a lo suyo, corren unos tras otros, ríen a carcajadas. La gente se une y se rompe, viene y va. Y la música de los chiringuitos, catapún, catapún, catapún, pumpún.

–A esta gente le resulta hoy fácil la felicidad.

–Ya lo veo.

–Sólo les falta el que lo puedan ser también mañana.

–Son muchos. No lo sé...

–Bueno, no seamos pesimistas.

–Quisiera verlo. Pero a mí lo sencillo siempre me pareció lo más difícil.

Apoyado en la barra de un chiringuito, un hombre parecía aliviar sus sentimientos de culpabilidad con otro vaso de vino escuchando: "Vete, mujer mala; vete de mi vera..." El matrimonio que le servía, entrenado en otro tiempo en los Cursillos de Cristiandad y ahora en una Asociación de Vecinos, pretendía consolarlo con generosas palabras, pero malcosidas ahora en la alianza

posible entre las cosas divinas y la música de la fiesta.

–Tú no sigas pensando en forzarla a volver.

–¿Yo...? Por los vecinos, bien que le cierro la puerta... ¡Me salta por la ventana!

Un anciano militar que ahora acompaña al canónigo (*"aetas nostra, freni impatiens, in errores incidatgravissimos"*) también le comenta:

–A esta ciudad la enriqueció quien la gobernó. ¡Y todo lo demás para quien lo entienda.

En cambio, Dionisio, portando en brazos a su pequeña nieta, pisaba con lentitud, como había pisado siempre, las raíces de la historia de amor a su esposa que ya no existía en sus días, abrumado y harto de no salir de su pobreza. *"Quiero hablarle –le decía al doctor Sariego –antes de que se muera"*:

–Perdóname el que nunca te haya preguntado si me querías.

Y Visita, esfumándose por entre sus últimos temores y debilidades, ajena a los chillidos de los que vagabundeaban, seguía los pasos de su hijo como podía. Silenciosa consigo, era un alejamiento humano que presentía un destino corto y trémulo.

–¡Verás cómo aún puedes! –le decía el hijo.

–¿Quieres darte tú una vuelta? Yo te espero... Pero vuelve pronto.

–¿Qué te pasa? ¿Qué te ocurre?

–¡Ya era hora, hijo mío!

La ausencia de la fortuna explicaba aquella presencia efímera de la felicidad. La gente, que avanza a ramalazos, era consciente, por otra parte, de que la ocasión para la espontaneidad no debía arribar lejos de la amable superficialidad de una memoria cantada al son de una gaita.

–Ya veo cómo te gusta observar. –Bien, ¿y qué?

–Sí. Está bien. Olvida lo dicho.

–Lo olvidaré. Pero venga, Pablo, ¿no lo ves tú también?

–¿El qué?

–El que a algunos les aterra esta vida libre, alegre y madura que nace de la confianza y no del temor.

–No tiene importancia. Es que andan demasiado a prisa.

–Sí la tiene, y peor aún. Pues con tantas prisas nunca caerán en la cuenta de que los problemas del espíritu nunca encontrarán una solución definitiva.

–No me digas. ¿Tú también piensas esas cosas?

–También tú se los has escuchado a Juan. No, no sólo te lo digo yo.

–Está bien.

–¿El qué?

–No lo sé. Sigue.

–Iré más despacio.

–Pero háblame de esta gente.

–Juan nos decía que la libertad de la gente se movía dentro de límites muy estrechos.

–Pues mira, algunos sin salir de esos soportales, se exceden.

–Déjalos que disfruten.

–¿Cómo!

–Las relaciones sexuales colmaron siempre la creación poética de todas las culturas.

–Caray, nos estamos poniendo muy serios. –Te entiendo.

–Me parece que no.

–¿No crees que debemos asumir las cosas siempre inseparables, tantas maravillas y tanto sufrimiento?.

–No tenemos mucho tiempo. Dejemos estos pensamientos. Escuchemos la música o el ruido. ¿Qué te parece?

–Tienes razón. Esta ciudad en silencio, sería hoy una ciudad muerta.

–Me alegro de que hayamos venido.

Chano siempre había reconocido que tendía a encontrar lo más humano en el enigma de lo sencillo y en la riqueza del silencio. ¿Por qué seguían teniendo actualidad las anécdotas y el humor de los que la gente asociaba a la tradición u ocio de los ciudadanos? Para él la ciudad era víctima de una historia que padecía –interpretaba sus amaneras sin modificar sus expectativas–pero que líricamente cantaba. Hoy, no invitado por nadie, no pretendía otra cosa que ser justo con el escenario de sus pasados sueños. Y en su encendida memoria recorre toda la ciudad, contemplando lo divino y lo humano y sin entender nunca cómo esta nunca descubriera su escondrijo.

La atmósfera de fiesta se había aligerado, cuando Chano, peregrino y no sólo espectador, se encuentra, como una sombra, también en el sentido contrario de la gente. A la mañana siguiente, la ciudad tal vez reconociera que no podía vivir ese fragor muchas noches. No existen los que puedan cambiar la ingravidez de la existencia, aún disfrazándola con el gozo de unas horas.

La ciudad, –bella metáfora para una digna figuración burguesa–, desplazando los cálidos contornos, había devenido una unidad indivisible con la fuerza mesiánica del que tiene en un puño las llaves del reino más armonioso. Pero desentendiéndose de sus cálidos contornos, sin caer en la cuenta de ello.

–¡Chano!

–¡Anda!–exclamó –¿Qué haces tú por aquí?

–¡Qué suerte! ¡Gracias a Dios que te he visto! Tenemos que llevar a María a alguna parte.

–¿Qué pasa?

–¡Mi prima se muere! –¿Dónde está?

–¡Vamos!

Atravesando el vientecillo que rozaba las afueras de la ciudad, caminaba tras los pasos apresurados de Carlos, sin que ningún otro temor que a lo que a su prima María le pudiera pasar. Estas cosas las solían hacer su gente con la mayor sencillez, como decían los rancios teólogos *"etsi Deus non daretur"*. A través del silencio sacramental de la luna que posaba sobre cartones y basura, vislumbró al hombre que precipitadamente se ponía los pantalones. Y se dio cuenta de que María se desvanecía en el silencio de sus últimos momentos. Y Chano tuvo que debió apresurarse para encontrar una razón para aquella extraña unción de amor que el desconocido le acababa de administrar ¿Sólo encontraría el amor auténtico allí donde nadie en esta ciudad se enterara?

!Qué triste y breve puede ser la noche! Habrá que pensar que, desde el desgarro e inquietud de la noche, nos podamos abrir con confianza a la mañana.

XI

Mientras desciende por la sinuosa pendiente que le lleva a las orillas del río, percibe la permanencia irremediable de los olores de la malva, la hierbabuena y el romero, que ponen un límite exacto a sus noches que se desperezan como oscura y delicada flor. Sin necesidad de retorno, hacen sus inviernos enredados por los cimientos secretos e invencibles, para levantarse tan pronto amanece y observar su inmediato alrededor. Llenos de infinita sencillez, como su misma mamá, se van acercando para acompañar su niñez desarmada. Cada uno es un punto de remanso que emana ondas crecientes. Sin horror a la soledad, no sancionan ni atormentan a nadie, a pesar de ser conocedores de todas las circunstancias.

Desde este pequeño mundo primero era para Chano, vuelto niño, el mundo de la final solución hospitalaria, lo encontraba, sin faltarle ni un sí ni un no, entre los sentimientos ya desembarazados de los discursos sin nombres. Formaba parte como poso de paisaje de la obsesión que se acurruca al fondo, donde lo más personal se confunde con esa soledad que al final nos asalta.

El viejo salón de baile, años ya cerrado, sigue transpirando por entre sus rejas ese su otro olor a menta de las parejas que esta tarde de domingo allí bailan. Tal es así, que Chano aún somatiza, tras sus verdes rejas el incesante movimiento de sus sentimientos, que en el fogonazo de sus ojos deslumbran a miles de Ritas Hayworth. Aquel rostro que vuelve a ser su rostro, tarde o temprano había confesado al viejo cura todas aquellas fantasías, tan enormes como la maleta tras la cual enardecía el rostro de la

Gilda y, a la vez, le rezagaba todo lo que no trae la envoltura de los caramelos de menta.

No sabía con cuanto acierto, pero siempre había sentido la necesidad de oler las fuerzas benéficas o malignas en quienes descargar la culpa o el mérito de la estrechez del espacio de su soledad de o de la amplitud de los castillos de arena levantados.

Muy cerca, por la vieja estación, punto de tantas partidas y costa de tantos arribos, tal vez habría pasado ya el último tren. Desde luego, no arrastrado por la "*maquinona*", pitando en todas las curvas, siempre con retraso. Si ahora cerrase los ojos, aún los movimientos del tren y los latidos de su corazón, sonarían al unísono. En el transcurrir de los años, su propio silenciose ha adueñado de los humos que escaparon al tiempo.

Y próxima, en la colina de enfrente, masa de lo que se calla al aire libre. Chano sigue esperando, mientras, contando por los dedos, deshace nudos de trigo rubio que su padre traería de Trubia convertido en pan negro. En Trubia también habían fabricado los cañones para una guerra que las gentes empezaron con medroso placer y terminaron con sobresaltado horror. Sin embargo, ¡qué sencilla expectación entre la tristeza de la colina y el humo hambriento del tren!

A tres pasos de la estación del ferrocarril, el río Nalón, bruñido y crepuscular espejo, duerme silenciosamente sus aguas. No se sabe desde cuándo su fantasmagoría en su siempre cercana noche representa, una y otra vez, los sueños y los temores de todas aquellas gentes. El sol –y pronto también la luna– pálido en el atardecer de sus aguas, entre los espectros que forma en las sombras sobre el río, pone sus ojos sobre pies descalzos, para que nadie advirtiese su salida de la casa.

–Mamá, ¿a quién he oído decir anoche que se iba a tirar al río?

Pero sus aguas nunca reflejaron rostro indefenso alguno. Por otra parte, de las bellas narraciones de los ancianos en las tardes de domingo, no deducía justificación alguna para insensatas preguntas al río. Un día, no recuerda dónde, le habían contado que los ríos nunca emergen tristezas acumuladas en sus senderos de tumbo en tumbo, para que no encontremos la razón por la que las lágrimas nunca traspasan umbrales equivocados. De niño, le resultaba también un laberinto el que las aguas, que un día salvaron a Moisés y bautizaron a Cristo, huyeran como ave solitaria hacia su implacable perdición.

–De aquí ya no me puedo pasar –le dice su padre, haciendo una extraña maniobra en su coche, cuando llegaban a la altura del cementerio de Valduno. Cuando el camino quiere dejar el río y, entre malcosidos y zigzagueos, se lanza a la búsqueda de las próximas colinas. Cuando se llega a la ribera en la que un día hemos plantado lo que nos hace siempre compañía. Buscar otros rincones sería una profanación que nos perjudicaría. Así que desiste en otros empeños, atado como está por tantos hilos invisibles que, a pesar suyo, le ligan más fuertemente cuanto más hace por desprenderse ellos. También vale decir que hoy Chano no tiene la cabeza clara y los pies en el suelo.

Su padre le sorprende ahora llevándole al campo de los manzanos del viejo alcalde, siempre tras los pequeños ladrones de sus manzanas. Su madre les estaba esperando. Y aunque no lo creáis, es vivísima la escena junto al mantel como oro en paño acomodado sobre la hierba. Sin decir buenas tardes ni nada, los mejores momentos vinieron a vibrar en torno a todo. Cargados con todos los recuerdos que no echan de menos nada, se sientan de nuevo

en aquel reino tan tempranamente perdido.

No tenía en olvido que la madre le había dicho: La buena comida es un olor solidario, un fuego de fiesta que enciende otras luces, una palabra de comunión. ¡Si pudiera llevarte / yo a la nada, en mis brazos, de tu vida / como tú me llevabas, cuando niño, / de tu pecho a la cuna!".

–En mi vida he recibido mayor sorpresa. Hoy hablaré contigo, mamá –dice Chano emocionado.

–Por favor, ¿quieres dejarla en paz? –interviene el padre.

–La cena ha terminado... Y ahora ya te puedo hablar sin trucos.

–Ten cuidado, y no cometas una tontería –dice también su padre.

–Mamá, tú entenderás mi necesidad de hablarte como ahora sé hacerlo. Bien que has sufrido, es verdad; pero tus vértigos han desaparecido... Han vuelto los buenos tiempos, y pareces otra. A tu lado comprenderé el mundo que nos rodea. Ahora hasta parece bien hecho, ¿verdad?

–(...)

–Y qué bello aquel camión que me transportaba hasta Oviedo, lento y dificultoso hasta en los descensos...

–Hijo, pareces estar muy excitado –el padre ofreciéndole un cigarrillo. Chano lo rechaza.

–Cuando dejamos el pueblo, ¿verdad, mamá, que la ciudad nos parecía a todos un presagio de frescor, otra orilla hasta donde el río no podría arrastrar sus secas raíces que, sin alertarte, enredaban tus piernas cuando sacabas el carbón de entre sus aguas?

–¿Para qué vale la pena recordar eso?

–Es verdad... Pero, días después, las palomas más ahumadas

de la casa junto al río, remontaron vuelo también hacia la melancolía de la ciudad.

–Te conozco desde el principio. ¡No sigas! El tiempo, ya lo verás, se sobrepondrá a esos sentimientos.

–Es que lo hicieron aquella misma tarde que el cuarentón me mostraba sus partes tras el mostrador, y diciéndome que allí no había botellas vacías.

–No vale la pena recordar eso ahora.

–¿Aunque tras el verdor de tantas botellas vacías, el río Nalón me observara con ojos de fuego, como a los chicos que se bañaban en cueros en sus recodos?

–Corre de una vez las cortinas, y no te sigas desnudando.

–Pero dime tú, mamá, ¿de todo lo pasado ya no queda nada?

–No olvides que las cosas más fundamentales son también las más elementales de la vida y la existencia. Y no seas injusto ahora olvidándote de tantos amigos.

–Gracias, mamá. Me haces ahora leer mi vida en un libro que no sé muy bien quién lo ha escrito.

Y el río, repitiendo el murmullo anónimo de las historias vertidas en su callada soledad, agoniza su cálido sobrevivir que lo redime. La permanencia de su caducidad hace innecesaria la reconstrucción de memorias o el fingir con otras máscaras.

Chano, consciente ahora de su arrebato en el repaso de las manifestaciones monótonas de su regresión, con entereza y sencillez le dice:

–¿Qué te pasa, papá?

–(...)

Pausa.

–Estoy pensando... ¿Cómo lo diría?

–Dime lo que piensas.

–Es que se trata de sentirme muy niño para poder explicarme...Y, además, no merece la pena.

–¿Tú crees...?

–Si la vida pierde un día su encanto, ¿es propio que el volver sobre los propios pasos sea una dicha?

–¡Qué?

–Me lo temía.

–Sólo puedo decir que un día, de golpe, los grandes problemas pueden resultar no ser tales problemas.

–Has ido muy lejos. Siempre te eché de menos. Por eso me gustaría saber si has olvidado al tío y a su camarilla.

El río Nalón sigue sin hacer ruido, como quien habiendo salido a un recado regresa, ve la casa como estaba, lo aprueba y se tumba cómodo con un lento suspiro ante la evidencia.

–¿A ti qué te parece?

–Si intentara explicarlo todo, nada aclararía.

–Pero, por favor, espera un momento ahí

quieto... Mirémonos de nuevo a los ojos, y el tiempo que no te tuve dejará de existir.

La menor vacilación alteraría las aguas del río, la menor desconfianza las envilecería, cualquier asombro las trascendería. Hoy son las palomas blancas las que, sin engañar a nadie, buscan refugio junto a sus aguas, sin prisas.

–Todo esto significa volver...Pero me gustaría saber cuánto mal te han hecho, cuando tan pronto vertieron tus esperanzas.

–(...)

–Pero, ¿a qué viene todo esto? Si hoy es un día feliz... No puedo comprender que haya estado cuarenta años esperando decir

estas cosas.

Se oyen los ruidos de un coche que se aleja.

Un niño en el umbral de una casa sin cimientos cena el arroz con leche de una fiesta largamente esperada. A lo lejos se oye una pequeña orquesta que acompaña, como cuando no se piensa en nada, como cuando se calla: *"Y así sabrás / por qué mi canción / se siente sin cesar. / Me faltan tus risas, /me faltan tus besos, / me falta tu despertar"*.

La luz se apagó a plomo, en tres momentos ordenados como cuando cae el telón en los espectáculos. Se quita gravemente la chaqueta y se dirige hacia el manzano, junto al que se da cuenta que está solo.

Desde aquella atalaya sobre el río se siente vinculado a las aguas aún en el fondo no desdibujadas. Sus arcanos le acorazan contra cualquier dolor de la memoria más hermosa. Y la corriente subterránea que mantiene la vida del río entra en él con sabiduría, paciencia y lentitud. Desde luego, veinte años son muchos para andar vagando tras un hogar que resulta estar poblado de palabras siempre con un corazón lejano, que atan sólo a gestos vacíos y distantes. Cuarenta años son muchos años, para luego retornar a la primera intemperie.

Y, además, ahí, lugar de amor, orilla del río, sombras de silencio y ternura posan una larga noche de incienso sobre ese cementerio, larga caricia de un espejo que no escapa al latido. Donde ahora dulcemente reposan sus padres. Ahí, a donde las aguas del poniente del río Nalón todo lo devuelven en el segundo acto. Sí, ya se lo habían dicho desde hace tiempo, que Dios no sólo nos habla en el grito del que sufre sino también en el suave silencio del corazón.

De la misma manera que si queremos ver nuestro rostro nos miramos en un espejo, así cuando queremos conocernos a nosotros mismos, tal vez nos conozcamos viéndonos en un amigo. Porque, como decimos, el amigo es otro yo.

Aristóteles

El autor escribió esta novela en uno de los barrios marginales de Madrid.

Pero, más tarde, trajo consigo a todos los personajés a su ciudad.

Y éstos, en Oviedo, adquirieron pronto la realidad de los sentimientos más inolvidables del escritor.

Siempre lo fácil es lo más difícil.

EL CÁLIDO CONTORNO